

COSAS DE AYER

AGUDEZAS DONOSTIARRAS



LAS verdaderas agudezas son muy raras; el literato Ferney se equivoca al pretender que la mayor parte de éllas. no son más que repeticiones de otros dichos análogos.

No hablamos de todas esas necedades que se encuentran en algunos epigramas, que no hacen más que imitar mal y decir peor lo que antes otros presentaron magistralmente; sería tarea muy fácil citar multitud de excelentes agudezas, escapadas á muchos de nuestros hombres de ingenio, y que ciertamente no son repeticiones, como por ejemplo, las de D. Francisco de Quevedo, cuya originalidad y cáustica energía las han hecho populares.

Pocos habrá que no sepan alguna de memoria, más ó menos cierta.

Vamos á transcribir alguna otra que aunque conocida o lo sea tanto como las del insigne señor de la Torre de San Juan Abad.

Existía en tiempo de Felipe IV un calderero, dotado de una gran

facilidad de versificar, lo cual sabido por el rey artista, manifestó deseos de verle.

Presentáronsele, y Felipe IV le dirigió la palabra en estos términos:

«Me han dicho que viertes perlas..

El calderero, inclinándose respetuosamente, contestó en el acto:

«Sí señor, más son de cobre,
Y como las vierte un pobre
Nadie se baja á cogerlas.»

Hemos recordado lo que precede para realce de lo que nos vamos á ocupar, y sirva como marco á asunto análogo, debido al número de nuestro ilustre don José Vicente de Echagaray.

Hubo un tiempo en San Sebastián, aún no lejano, en que el carácter de sus naturales tenía un sello de originalidad que no podía confundirse con ningún otro de la provincia.

Acerca de lo mismo, podríamos trasladar estas líneas diversos juicios emitidos por distinguidas personalidades y que merecen el mayor respeto, altamente favorables y honrosos para los hijos del viejo Donostia.

Uno de esos escritores que perteneció al reinado de Carlos III, dice que: la índole de los donostiarras naturalmente es fácil y jovial, lo que debe atribuirse á más de un feliz temperamento que causa la benignidad del clima, al recíproco trato civil de la gente entre sí, cuya correspondencia suele humanar más que ninguna otra cosa los genios recios y ariscos; en su físico nadie les podrá negar una presencia de cuerpo noble, en lo regular ágil; un semblante agradable y atractivo; una tez no acetrinada como en los parajes del interior expuestos á los ardores del sol, sino tersa y suave, etc., etc.

Además de estas cualidades el carácter donostiarra siempre ostentó agudeza é ingenio espontáneos.

En quien se hallaban arraigadas del todo, (y por eso lo tenemos como prototipo de la familia), condiciones tan características, era en el inmortal errikoseme D. José Vicente de Echagaray, cuya memoria há poco renovamos con motivo de los festivales últimamente celebrados.

Citar el recuerdo de Echagaray es poner de relieve el hombre donostiarra, su figura, pues, nos traslada á aquellos días felices en que

todos compartían fraternalmente, y se lloraba con sinceridad la muerte de un vecino.

Para decirlo lo que viene es de todo punto imprescindible decir lo que vamos apuntando.

Recopilar todas las agudezas, chistes y humoradas de la exclusiva iniciativa de los que fueron fieles vecinos de la calle de la Eskotilla, y del Araiz Kale y de Esetei Kale, etc., nos llevaría más allá de los límites de que en estos momentos disponemos.

Hace pocos días tuvimos la fortuna de encontrarnos con un varón donostiarra que conoció al lionorable don José Vicente, y entre caso y cosa y sobre va y viene, nos dió ocasión y pie para echar á rodar estascuartillas.

Sabido es que el general Espartero se encontraba emigrado en Londres, allá por los años 1844, y como buen español no podía beber más vino que el que producía el suelo que le vió nacer.

D. Baldomero encargó, como otras veces, se le mandara vino de Cuzcurrita, y esto prueba que el príncipe de Vergara tenía buen paladar y sabía escoger de lo bueno lo mejor.

El vino del general tenía que ser transportado á la alhóndiga de San Sebastián para expedirlo al punto de su destino.

El conocido tonelero de entonces D. Vicente Buenechea, construyó dos barricas de las llamadas cuarterolas, trabajo que ejecutó con empeño y elegancia.

Las cuarterolas fueron entregadas en la alhóndiga para que recibieran el envidiable caldo de Cuzcurrita, se llenaron y hasta se taparon con esmero y cariño patrio, por ser destinadas para confortar el estómago del ilustre expatriado señor conde de Luchana.

Nuestro D. José Vicente de Echagaray, á la sazón desempeñaba el cargo de administrador de dicha alhóndiga, y al contemplar aquellas barricas tan lujosas y con destino tan distinguido, escribió en caracteres gruesos, de labios á boca, en uno de los barriles la siguiente estrofa, impregnada del más puro sabor y carácter local:

«Famoso Visente Chiki,
Eres hombre de provecho,
Dígalo esta cuarterola
Primorosa que tú has hecho».

Pulimentar estos cuatro versos sería desvirtuar su esencia más pura

y típica, pues el conjunto presenta la verdadera fisonomía de aquel ambiente en que vivieron tan preciados y queridos varones.

Hemos transcrito este recuerdo como muestra de lo que al empezar dijimos, por demostrar lo que en el transcurso del artículo se espuso y como expresivo punto final de estas líneas donostiaras.

F. LÓPEZ ALÉN.

